

YO MISMA MONTAÑA, BOSQUE,  
AGUA, RAICES

**M**ACIZO, corto de estatura, Benito Ceresa se limpiaba el sudor que le corría por la frente. La carrera para tomar el tren había sido intensa pero al final sentía bajo su cuerpo el retumbo de las ruedas: racatak, rac, racatak...

—*Beh, ce l'abbiamo fatta.*

Estiraba el cuello tratando de encontrar un poco de aire: otras cabezas y otros cuerpos impedían el movimiento. El vagón estallaba de gente que se dirigía a Camogli. Era tradicional la fiesta que se celebraba.

—*Vieni qui.*

Se dirigía a una muchacha delgada, insignificante que, aprisionada entre dos hombres, trataba de alcanzar la ventanilla. Para María Pérez, en su deseo de no perder detalle de cuanto viera, su objetivo era el cristal en el que, en instantáneas, quedaban dibujados árboles, montes, postes de telégrafo. Volvió la cabeza y contempló a Benito Ceresa, ojos y pelo negros, goteante, con su desagradable olor a soldado.

—Imposible ir —le dijo indiferente.

—Oh, por favor señores, dejen pasar a la señorita. Es extranjera: española. No conoce nuestra bella Italia. Conoce toros y gitanos pero nada sabe de nosotros.

—Ahora celebramos elecciones.

—Oh, ¡qué interesante!

—Estos que ve usted— señalando en un boleto— son los partidos, y estas las casillas para votar y aquí se pone nuestro nombre y en este otro lado, la garantía.



—La señorita no entiende —rió Benito—. Estudiante. ¿Cuánto falta para llegar a Nervi?

—Debe faltar poco.

—Bien. Entonces, te llamas María Peres.

Soltó de nuevo una carcajada y siguió: —Yo, Benito, como Mussolini. ¿Sabes quién era Musolini? Entonces íbamos derechos. Ahora, mejor. Votamos. María Peres es bonito. Tu *Peres* es distinto al mío.

—Sí, es Pérez.

—¿Saldrás otro día conmigo?

—No sé; aún es pronto.

Lanzó un suspiro y preguntó a su vez: ¿Qué distancia hay hasta Camogli?

—Diez, veinte, treinta kilómetros. Quizá más.

Silencio.

María Pérez seguía mirando despreocupada. Excitante conocer tantas personas: ¿quienes eran, de dónde venían, a quienes querían? Racatak, rac, racatak... Incluso Benito: un soldado. Uno de esos gatos negros cazadores de ratas. Debía comer mucho. El uniforme le oprime. Nunca había salido a pasear con un militar.

—Te vi en San Martino, ¿recuerdas? Eras un grupo atractivo. Belgas, corsos, franceses, italianos. También Markus: suizo. Tú pediste café con aspirina. Me fijé. Estaba también Elvio. Tu pelo brillaba. Al poco desapareciste y después la invitación.

—Sí, también Markus. La invitación. Y el libro del Verga.

—Cuán rápido se sucedió todo. Hoy juntos Este cencerro no llega nunca.

—Los trenes italianos son acelerados. En España, otro tipo de vía.

Se escuchó un largo bramido y un desvanecerse de ruedas. Chirridos. Llamadas. Gritos.

—Estamos en Recco. Asómate: es bonito. Mar y monte: azul y verde y blancos y amarillos y rojos. Se vive bien. Paseos deliciosos por entre campos de adelfas. Me gusta tu perfume.

¡Puff! Pues a mí el tuyo me marea. Recco debe estar cerca de Camogli. Pronto comenzará mi aventura: un soldado. Nunca me entusiasmo el color pardo. Ahora se estará vistiendo Monique: traje de chaqueta, uñas pulidas y brillantadas. Ojos verde acuoso. Y Guido, esperándola. ¿A dónde irán? Con Guido no se sabe nunca cual será el programa. Ra-



catak, rac, racatak, rac, rac... Bum, bum, bum, bum. Esto tiene trazas de acabarse. Ha desaparecido el mar. Un túnel. Benito Ceresa. No me gusta el nombre: Benito. Insípido.

—Ya hemos llegado. Bienvenida. No hay que separarse.

¡Amén! Manos en los hombros. Me cogió desprevenida el arribo.

Parada oficial, lectura cartelón de la estación. Ca-mo-gli. Piernas abiertas. Cuellicabeza erguidos. Mirada extraña.

—¡Ooooh! Camogli!

—Sí.

Empieza María Peres.

—¿Qué hora tenemos?

—Casi las cinco. Te debo una acogida solemne.

—No es necesario. Corramos. Primero a ver la fiesta. No. Primero el pueblo. No, el mar. Sí, el mar y luego el puerto y luego... de prisa, de prisa.

Las cinco. Estarán en Ferrari. O en Tommaseo. Ella lucirá su belleza rubia. Pulseras, dientes: Monique Drouin. Una tigresa de garras afiladas que escarba en la herida hasta hacer un cuenco donde reposar su zarpa. No la dejaré: hoy, la «Festa del Pesce». *Domani*... siempre será hoy.

—¿Estas ahí, Benito? Espérame. Qué cantidad de gente.

*E lei pescava i gamberi*

*in gondola, in gondola.*

*E lei pescava i gamberi*

*in gondola sul mar.*

—¿Sabes? Pienso será imposible acercarnos al puerto. Mejor ir por esta calle de árboles. Alcanzaremos la colina y divisaremos el conjunto.

No se deja dominar. Parece contenta. Flacucha pero extranjera. Y... con sangre latina. Qué aglomeración. Preferible reposar. Sí, dame la mano. ¿Probable que no se haya informado sobre mí? No soldado: no estudiante y sin embargo libros y uniforme. ¡Qué importa!

—Háblame sobre Camogli: su historia. *Raccontami.*

—Es antiguo. Vienen muchos extranjeros. Magnífico el pescado frito y su vino. También los helados pero no se pueden comparar a los de *Boccadasse*. Hay muchas tiendas —ya te he dicho que hay muchos turistas—; venden cosas de contrabando y otras fabricadas por los propios pescadores.



Valiente tipo. Hola, hola. Adiviné. ¿Dónde está la cuidada exposición de Cardarelli? ¿Dónde la curiosidad que en mí despertaba? Valiente tipo: soldado sin ojos, grillo sin sesos, cuerpo sin pasado. Si los buitres devoraran tus entrañas, las vomitarían. *Su, su* —como dice Guido— no dejes que la ira te invada. Cometería necedad si persiguiera su amistad. Receptores de belleza, sí; jamás bocas trituradoras: estómagos.

—¿Por qué subimos tanto?

—Ven, no pienses. Sentémonos un rato.

Mano escurridiza. Me produce náusea su proximidad. Juntos aunque no congeniemos. He de terminar lo empezado. Ridículo desandar el camino. *Piuttosto* buscar conformidad. Los cielos me asistan: Tonterías. Cada hombre es una descripción y cada descripción entraña un gusto... no, éste se halla subordinado a la vivencia.

—Descendamos. No deseo perderme el espectáculo.

—Es pronto. Primero darán la señal de su iniciación: fuegos de artificio.

—Marchemos no obstante. Quiero comprar un pito. ¿No es gracioso?

—Sí, mucho.

Descendían pausadamente, reprimiendo María sus impulsos de correr, lanzar palabras al aire. La ruta era amplia abriéndose entre pinos copudos verdinegros. Los vestidos de colores parecían florecillas silvestres destacándose en el *groviglio* de plantas. Olor de naturaleza, de primavera.

Ahora lo percibo. Más fuerte que la otra vez. Entonces fué descubrimiento; ora, vivo el misterio del selvático. De noche, bajo las estrellas, ser admitida al bacanal del dios de la colina. Tocar, absorber como Pavese, sentir dentro de mí, en mi sangre, las voces de las cosas. Ser yo misma montaña, bosque, agua, raíces, humanidad del dios. Amor, conjunción.

De improviso, un claro. Y las casas apiñadas, gayas, se colocan en sorprendente visión. Retorcidas escaleras las comunican entre sí; viejas comadres que traen y llevan chismorreos. Ventanucos vestidos con cofias de papel colorado o cortinas frescas y ligeras; cuadrojos maquillados de verde: caducas coristas ambiciosas de juventud, grotescas en su coquetería. Quien se pinta la cara de rojo, quien de amarillo, esotra de esmeralda: dispuestas todas a convertirse en personajes circenses; luciendo en sus cabezas la peineta de su balconaje al que ascienden las ninfas para divisar las barcas de los que llegan. Arcos, pasadizos, soportales, *vicoli*,



santos y Madonnas con ramos de olivo dispuestos aquí y allá, completan el atuendo. Aun la más pobre, posee un roto en su muro enmarcando un trocico de mar, velas, amarras, vegetación al fondo, verdadero cuadro impresionista: un lunar que presta hechizo a su cara. Y toda, todas, cogidas del brazo, sosteniéndose unas con otras, la iglesia en vanguardia, protegen mimosas el pequeño puerto ligure que guarda una historia de pueblos aventureros. Casas gozosas de vivir, casas alegres, casas que rien cuya carcajada viene recogida por el monte que la repite hasta el cielo.

Yo soy casa.

Farolillos. Vendedores de baratijas. Postales. Frituras. Sombreros. Pitos. Bum, crac, crac, crac, crac: oooohaaaaah!

—Benito, corramos que ya empieza. Eh, mi pito. Quiero antes el pito. Este, sí, éste. Pi, pi, pi. Si no, un sombrero. ¿Sombrero con pito? ¿y una pluma? ¿Me lo pongo? Ja, ja, ja. ¿No estoy fea? Bueno. Pi, pi, pi. Pi, pi, pi. Soy un sombrero, Benito.

—¿Qué dices?

—Que soy un pito.

—¡Estás tú buena!

No me entiende. Es igual. Colina, dile a tus árboles que tengo un sombrero-pito, que soy un sombrero-pito. Pues, señora, ya ve usted, ese viejo tambaliche que vive en su acera, me ha vendido este extraño pito. También a tí te lo dejaré, mar, para que lo coloques encima de tu mantilla. No, no es un sombrero cordobés, pero es sombrero. Sólo tiene de pito lo que le resta de tapagrillos: un horrible canutillo con una pluma en su extremo.

—¿Qué haces? No te quedes atrás.

—Pi, pi, pi, pi, pi.

¿Se pasará la tarde tocando? ¿Dónde tendrá la inteligencia? Apostaría a que está sudando y sin embargo no se quita el jersey. Se ha debido dar cuenta de que la miro. Pero, ¿en qué estaría yo pensando para traermela? Giovanna Botimo: nada de fiesta. Maldito pito.

—Benito.

Me da la mano. Ojos dulces. Estaba cohibida. Quizá sin el uniforme...

—¿Cosa?

—Gracias.

—Ah, ya.

Vamos, acabado. ¡Benitín!



La barahunda los envolvió. María, Benito, gente, eran masa que rodando se precipitaba ante la gigantesca sartén levantada sobre el mar. Se oía el runruneo de su movimiento. Entusiasta, alborotada. Pelotón inseparable que en oleadas progresivas se lanzaba contra los que esperaban ya alineados y compactos devorados por la curiosidad y el deseo. Y el monstruo, negra centolla envasadora de aceite, abría su hinchado vientre chisporroteante, ofrecía en sus vísceras de metal enrejado cuanto tragara en sus dominios marinos. Sus múltiples tentáculos introducíanse absorbentes en las aguas viscosas del puerto buscando asidero. Torre edificada para causar admiración. Rabioso crustáceo o insecto ponzoñoso. Veinte pescadores, gorros y delantales blancos, hurgaban con pinchos, paletas, escurridores, raseras, aprisionando sardinas, pulpos, magres, alachas, bogas, rayas, chapas, doradas, pajeles, fauna víctima del apetito de la especie. Naturaleza sometida al más fuerte.

Uno a uno. Sin precipitarse. Calma.

Y la turba alargaba ávida las manos.

—Uff, Benito. Calor, empujones... No he visto nada. ¿Tiene rabo la sartén?

Finalmente cogí un plato.

—No comas aún. Vayamos a beber algo.

—Se está enfriando.

Cuatro sardinas —son boquerones— y dos bogas. ¡Qué bien frito! ¡Qué idea regalar pescado!

—Benito, ¿como?

—Dos cervezas.

Yo como. Enteros. Las espinas están dulces pero este ojo no lo puedo tragar: yeso. Todo el mundo está contento porque le han regalado el pescado. Es alegre este pensamiento. Está fresca la cerveza. Mejor el cinzano: Dominique «l'étudiant» para distinguirlo del padre, también Dominique. Aquella fué una tarde espléndida: *C'est phénomène*. No, no, querido *fanciullo*, nada de fenómeno. Reía. Debe existir en la vida un dios generoso. Momentos de felicidad que no nos merecemos. *Nessuno merita qualcosa*. No Dominique, no lloro; es que... ¿sabes? ¡es todo tan bello!

—¿Quién después de bien bebido dice que es pesada la milicia o la pobreza?

—¿Quién ha dicho eso?



—Horacio y ahora lo decimos nosotros.

—Está bien. Busquemos el secreto de la iglesia.

—Hemos de esperar a que saquen el santo.

—¿También un santo?

Santo y cruces y flores plateadas, velas y cánticos. Procesión.

—Aquí. Hasta la iglesia posee un balcón.

*«Le chiese sulla riva paion navi  
che stanno per salpare».*

Antigua conmoción: cipreses solitarios, cementerios, iglesias ligures sepultados en el abrazo del golfo, expuestos a los vientos y a las olas. Y la playa inmensa, bañada de sol, arena, guijarros, se despliega al otro lado de la ensenada, en un camino inacabado. Me siento ligada a esta tierra nacida en el bien y en el mal, a esta tierra que encierra el absoluto fervor de lo divino. Allá, a lo lejos, la punta de Portofino, Sta. Margherita, Rappallo, otros pueblos, otras costas. Y el Cristo, empalidecido, demacrado, con su purpurina hojarasca se asoma y agita su pañuelo: «Venid, venid a mi barca. Ella es fuerte y no teme a los temporales». Recuerdos infantiles. Cuánta maldad desde entonces. *Audax omnia perpeti, gens humana ruit per vetitum nefas.* Y así será por siempre.

—María.

—Chis. No hables, Benito.

—Pero María, yo...

—No digas nada.

Sólo sentir. Olvidados los Guidos, Moniques, Dominiques, Benitos: rostros. Sólo reconocer lo verdadero. No he visto pájaros. ¿Dónde estarán? Quizá escondidos en las sombras. ¿No habrán acudido a la fiesta? Suena la banda de música. Rataplam, plam, plam. Igual canta mi corazón. ¿Dónde podría esconder la felicidad? Nada hay seguro. Nunca se sabe nada.

La oscuridad invade Camogli. Luna de mayo. Mar profundo, turquesa. Mil puntitos de luz.

Ra, rataplam, plam, rataplam, plam, plam.

¡Oh Camogli! Ven también tú al bacanal de la colina.

—¡María! El tren. El regreso.



No, no. No existe el regreso. Volver, olvidar. Debo esconder la felicidad. ¿Dónde? Ah, Camogli: camogli. Así, camogli. Sí. No hay regreso. Yo soy camogli.

Racatak, rac, racatak...

